



# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

←BARCELONA 6 DE DICIEMBRE DE 1886→

NUM. 258

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JUNTO AL LECHO DEL DOLOR, cuadro de L. M. de Gelder



## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados. — Episodios cómicos de un viaje á Rusia* (continuación), por don Nicolás Díaz de Benjumea. — *La cueva de Hércules* (conclusión), por don J. Ortega Munilla. — *El Sacamuelas* (conclusión), por don Cecilio Navarro. — *Casas y habitantes de Stagno. — Cañones de repetición sistema Maxim*, por M. Hennebert.

GRABADOS. — *Junto al lecho del dolor*, cuadro de L. M. de Gelder. — *Cabeza de estudio*, de Conrado Fehr. — *Historia curiosa*, cuadro de Manuel Muñoz. — *Interior de la basílica de San Marcos en Venecia* (de fotografía de los hermanos Alinari). — *Cubierta del álbum dedicado por Barcelona á su ex-gobernador el Excelentísimo Sr. D. A. González Solesio en demostración de afectuoso recuerdo. — Pescador y cazador de Stagno. — Dolce far niente. — Vendedora de juncos. — La inundación. — Pescadora de Stagno*, dibujos del natural de E. Cecconi. — *Cañón repetidor de M. Maxim. — Modo de funcionar el cañón para que se efectúen los disparos.*

## NUESTROS GRABADOS

JUNTO AL LECHO DEL DOLOR,  
cuadro de L. M. de Gelder

Asunto simpático ejecutado con verdadero sentimiento. La luz del alba ha sorprendido á la joven madre junto al lecho donde padece su tierna hija: ni un instante sus ojos se han apartado de sus ojos, ni un momento sus labios han dejado de pedir á Dios la salud de la inocente criatura.

Y Dios ha oído esta súplica... ¡Cómo no! Si el Dios que perdona los pecados de los que han amado mucho, no se apiadase del llanto de las madres, ¿cómo se hubiera apiadado de las lágrimas de Magdalena?

En el semblante de esa mujer se echa de ver que el peligro ha cesado y que la esperanza renace en el atribulado corazón. La enfermita duerme, duerme tranquilamente, soñando tal vez en los ángeles sus hermanos... ¡Con qué atención, con qué cariño, con qué fruición la excelente mujer vela ese sueño, durante el cual su amada hija vuela en espíritu á las regiones celestes!

Gelder ha hecho un cuadro de impresión, pero de buena impresión; sin apelar á recursos extremos, sin echar mano de actitudes desesperadas; haciéndose intérprete de un sentimiento purísimo y teniendo la buena suerte, el mérito diremos mejor, de transmitirlo al ánimo de los espectadores.

## CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

Recomendamos á nuestros abonados la preciosa obra de Fehr que publicamos en este número.

## HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz

*Historia curiosa* ha titulado el distinguido artista Manuel Muñoz un cuadro rico en detalles, armonioso de conjunto y brillante de colorido. La odaliscas más ilustrada del harem entretiene los constantes ocios de sus compañeras teniéndolas pendientes de sus labios con la narración de cuentos de encantos ó de miedo. El artista que conoce las costumbres orientales y que sabe lo que ha de tener un cuadro para que llame la atención, que trabaja y estudia constantemente, ha sabido dar á cada fisonomía la expresión que conviene y su cuadro resulta animado é interesante. En presencia de esta obra puede augurarse mucho al simpático artista y seguros estamos de que llegará donde pretende, pues ni le ciegan ambiciones desmedidas ni le ofuscan pretensiones infundadas.

INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS  
EN VENECIA

El grabado que publicamos da una idea del interior de San Marcos, visto desde su entrada principal. Para que nuestros lectores puedan calcular hasta qué punto se prodigaron tesoros en esta construcción, bastará saber que su pavimento, sus paredes, sus arcos, sus cúpulas, cuanto la vista alcanza en ella, se encuentra cubierto de mosaico. San Marcos, con el Vaticano y la catedral de Colonia, son, á no dudar y cada uno según su estilo, los más grandiosos, bellos y típicos monumentos del arte cristiano.

## CUBIERTA DEL ÁLBUM

dedicado al Excmo. Sr. D. Antonio González Solesio

Este álbum, obsequio que hace la provincia de Barcelona á su ex-gobernador Sr. Solesio, como justo tributo de aprecio por sus relevantes condiciones de funcionario probo é íntegro y en recuerdo de los servicios que prestó durante la última epidemia cólera, es una hermosa manifestación de lo que puede y vale la industria catalana.

Lo forma una sentida dedicatoria firmada por millares de personas de todas las condiciones sociales y de diferentes opiniones políticas, y á las firmas correspondientes á cada uno de los partidos judiciales de la provincia precede una preciosa y delicadísima portada alegórica pintada á la aguada por artistas distinguidos, entre los que figuran los señores Fabrés, Vilaseca, Pascó, Riquer, Pellicer, Marqués, Pahissa, Moragas, Codina, Bastinos y Solá. Así las acuarelas como las firmas van sobre hojas de pergamino fuerte y finísimo.

Las cubiertas, la superior de las cuales es la reproducida en nuestro grabado, corresponden, si no aventajan, á la riqueza y buen gusto de las hojas. Su fondo es de piel de Rusia, y en los adornos están combinados con singular acierto el hierro, el cobre, el bronce, la plata y el oro. Campea en el centro el escudo de la provincia con las cuatro barras de cobre sobre fondo de oro; de igual materia es la corona y de hierro esculpido á cincel y grabado al agua fuerte la cimera que la remata. En los grandes broches desuellan, en caracteres decorativos y sujetas con granates y otras gemas, las letras de oro mazo de la dedicatoria: *A. A. G. Solesio. — Barcelona*. Artísticas ramas de roble y de olivo van combinadas en dichos broches, siendo de cobre las primeras y de bronce verde y blanco las segundas.

Todos estos primorosos adornos han sido labrados en los acreditados talleres de D. Francisco Vidal y C. y cuantas personas han tenido ocasión de contemplarlos afirman que pueden compararse con los mejores trabajos de las principales casas de París, Londres y Viena. La encuadernación del álbum bastaría para acreditar la casa de los señores Domenéch, si no fuera conocida su competencia en este ramo. En suma, el obsequio que la provincia de Barcelona hace al señor González Solesio honra tanto á este distinguido funcionario como á los donantes, y á los artistas é industriales que en él han tomado parte.

Ya en máquina el presente número hemos recibido la siguiente carta del Excmo. Sr. D. A. González Solesio, copia de la dirigida por el mismo á los señores que formaron la comisión para el obsequio de que hemos dado cuenta, y que nos hacemos un deber en reproducir por ser una nueva prueba de la elevación de miras y generosos sentimientos del que fué nuestro digno gobernador civil. Dice así:

Mis queridos y bondadosos amigos: No encuentro palabras con que expresar á Vds. mi profundo agradecimiento y lo que mi corazón siente, por la singular y valiosísima prueba de cariño y buen recuerdo que me dedica esa hermosa y para mí inolvidable provincia. Jamás pude, ni soñar siquiera, tamaña recompensa á los modestos

servicios que prestara en el corto espacio de tiempo que tuve la honra de estar á su frente y que por ninguna otra humana trocaría.

Su inmenso valor artístico, y la significación que tiene, colmaría en alto grado el premio que pudiera otorgarse á caudillos esforzados ó ilustres estadistas, que en provecho de la patria se hubieran distinguido. En cuanto á mí, confieso sin ningún alarde de modestia, que, careciendo de las necesarias aptitudes, nada hice que excediera del elemental cumplimiento del deber, procurando siempre el bien general y defendiendo los fueros de la justicia.

Y al aceptar tan gallarda muestra de cultura y adelanto en las artes, legalizada con tan honradas firmas, sólo veo en ella una manifestación del pueblo más generoso que conozco, que con sus envidiables virtudes cívicas é inagotable caridad, allanó por extremo mi gestión, llevando su bondad al límite, atribuyéndome méritos que única y exclusivamente pertenecen á los catalanes, que con un gran sentido moral y bien arraigado amor al prójimo, afrontaron serenos los días angustiosos que en el pasado año transcurrieron.

El precioso álbum que Vds. me han entregado, volverá en su día á esa provincia, y así, las generaciones venideras, podrán formar acabada idea del adelanto de las artes en nuestra época, conociendo además los curiosos autógrafos que encierra tan bien concluida obra, producto sólo de hijos de una comarca que es honra y legítimo orgullo de los españoles.

A todos debo inefable gratitud, y ojalá tuviera la fortuna de poder demostrar alguna vez mi cariño á esa culta é industriosa provincia, por cuya prosperidad y ventura hago los más fervientes votos.

Ahora, como siempre, repito á Vds. mis más sinceros sentimientos de estimación, amistad é íntimo reconocimiento, quedando suyo afectísimo amigo S. S.

Q. B. S. M.

A. GONZÁLEZ SOLESIO

## EPISODIOS CÓMICOS DE UN VIAJE Á RUSIA

POR DON NICOLÁS DÍAZ DE BENJUMEA

(Continuación)

VI

No sé qué autor ha dicho en verso, que en los peli-gros grandes, el temor es mucho mayor que el peligro. Esto es decir poéticamente lo que se ha sentido de un modo prosaico desde que los primeros hombres habitaron la tierra. La razón de esto es, que la fantasía es ingeniosa para atormentarse, y sobre cualquier fondo lúgubre no sabe pintar más que espectros y fealdades, y el tinte negro y amarillento propio de la tristeza de ánimo hace aparecer todas las cosas por su lado más sombrío y temeroso.

Esperé en vano aquella tarde la llegada del correo; y no viendo el documento, en vez de achacarlo á olvido del remitente, cosa muy natural en nuestra flaqueza, deduje que su carta había sido interceptada y abierta y sacado el talón con la santa idea de caer sobre mí con todas las pruebas necesarias. Habíame asomado á la ventana, y me llamaron la atención sus dobles puertas de cristales para protección del frío y en cuyo hueco y sobre un lecho de sal, había una porción de moscas inertes y esperando la resurrección á los rayos del sol de mayo. Aquello era una verdadera prisión donde seres vivientes dormían el sueño de la nada. Extiendo la vista sobre la orilla opuesta del Neva, y por primera vez me fijo en aquellos buques enclavados en el hielo, como águilas acostumbradas á cruzar el vacío, sujetas por fuertes ligaduras á una dura roca. Cinco meses de cautiverio esperan á las voladoras naves usadas al continuo movimiento de las olas, y otros tantos de holganza al marinero aburrido sobre cubierta, cantando alguna canción de su patria para disipar la temible nostalgia que le devora. ¡Qué triste perspectiva!

Para rematar el cuadro se ofreció una extraña decoración sobre la sólida y blanca superficie del Neva, y fué una inmensa asamblea de cuervos formando perfecto círculo, cuya circunferencia tocaba en las dos márgenes. En el centro había otro pequeño círculo, como de dos metros de diámetro, completamente despejado, cuya blancura resaltaba por el contraste de aquella congregación, y dentro de él un cuervo que parecía como el presidente de aquella asamblea, pues él solo graznaba, mientras los demás guardaban silencio, y él solo se movía, mientras el resto permanecía inmóvil.

Admitiendo que los animales han sido medios indirectos de instrucción para el hombre, dábame yo á discurrir qué parte tendrían los cuervos en esta caritativa tarea. Aquel espectáculo, si alguna enseñanza encerraba, era entonces para mí la ilustración de un gobierno autocrático. Había allí, por lo menos, de ochenta á cien mil cuervos sin acción, ni voluntad, ni *personalidad*, perdónese me el vocablo. La masa de seres, así hubiese cubierto el mar Báltico, no representaba más que un guarismo, ó mejor dicho, la negación de un guarismo, el cero: el nihilismo, la ausencia de toda actividad é iniciativa, ó lo que es lo mismo, millares de ceros á la izquierda del jefe ó autócrata que se hallaba en el centro. Y, en efecto, nada explica mejor la fuerza de un autócrata y la insignificancia de los súbditos que su representación por guarismos, porque esa misma masa representante de la nada, puesta á la derecha del guarismo autócrata, se convierte en una fuerza inmensa, como instrumento dócil de una sola voluntad.

El daño para el déspota consiste en que no sabe cuándo esa ciega muchedumbre empieza á abrir los ojos, porque no habiendo expresión libre del pensamiento, vé moralmente á la nación como la gran Catalina veía el paisaje de su célebre jornada. Pero, en fin, por el pronto, aquella reunión de cuervos, á corta distancia del Palacio de Invierno, parecía la representación exacta del imperio ruso.

Aquella asamblea parecía contenta y satisfecha. Probablemente versaría el discurso del orador sobre que era llegado el tiempo de escoger parejas, apalabrarse y tomar los dichos para unirse cada cual en la próxima primavera

en feliz consorcio con la cuerva de su elección y dar hijos rollizos á la patria. Todo esto es posible, y si los hombres hubiesen hecho estudios para comprender el lenguaje de las aves y los animales, tal vez halláramos en ellos una fuente inagotable de admiración, enseñanza y gusto.

Yo me hallaba muy lejos de sentirlo, porque, devorado por el pensamiento de un peligro inminente, todo lo veía triste y oscuro, y puedo decir, en verdad, que nunca me pareció el cuervo más negro que en aquel día. Las casas rusas se me figuraban prisiones. La fortaleza Pietro-Paulo, un cementerio y su descomunal aguja un instrumento para empalar al por mayor. Los rusos me semejaban tártaros por las facciones y esquimales por las pieles en que iban envueltos, y hasta el seco ruido de sus pisadas sin elasticidad á causa del doble zapato de madera, parecía el de esqueletos ambulantes castañeteando canillas y carcañales. Uno de ellos, *moujik*, con su montera cuadrada, sin ser doctor, y su larga túnica, sin ser apóstol, alto como un trinquete, y más lleno de *kwass* ó aguardiente que un bocoy hamburgués, tuvo el privilegio de distraer mi imaginación por unos instantes. Había caído sobre la nieve y pugnaba por levantarse, hecho lo cual volvía á caer en el mismo sitio. No sé por qué los griegos se dieron á inventar la tela de Penélope, la roca de Sísifo, la rueda de Yxión, ni el tonel de las Danaides para representar el trabajo en vano, cuando un beodo lo ilustra á la maravilla. El meta-centro de aquel discípulo de Baco estaba en la coronilla, y como tenía estatura bastante para ser gastador de la guardia imperial, conforme tomaba la perpendicular y se veía tan lejos de su madre la tierra, perdía la cabeza y el equilibrio y volvía á bajar de donde había subido. Aquel espectáculo me recordó la definición que daba del derecho un fanático germanista, diciendo que era «la evolución del concreto;» pero aquel concreto no llegaba á derecho por más evoluciones que hacía. Al fin, tuvo por conveniente quedarse en la horizontal, hasta que dos soldados le levantaron, y, sirviéndole de puntales, le condujeron. Aquel hombre del pueblo que pugnaba una y otra vez por levantarse ¿no semejava á las clases bajas, ignorantes y embrutecidas, luchando inútilmente por elevarse? Los pueblos, si miramos la historia, no han hecho otra cosa que levantarse para caer de nuevo, porque les falta la cabeza ó digamos la inteligencia para tenerse derechos.

Poco tiempo había trascurrido, cuando uno de los domésticos vino á avisarme que pasaba el emperador Alejandro II.

— Y ¿dónde diablos está? — pregunté yo con cierto asombro, puesto que no oía marcha real ni veía escolta, ni carruaje, ni acompañamiento, ni ese bulle-bulle ordinario en las cortes, cuando hacen aparición las testas coronadas por los sitios públicos. Según la idea que en Europa tenemos de la omnipotencia del Czar, esperaba yo, por lo menos, que le precediese un regimiento y le sirviese de cola una división de infantería con sus correspondientes caballos y cañones, sin contar con que las gentes que le hallaban al paso hincarían una rodilla en tierra.

— ¿En dónde está el Czar? — pregunté de nuevo.

— ¿No ve V. dos hombres que por el puente Nicolás se dirigen al muelle inglés? Pues uno es el emperador y el otro su hermano el gran Duque Miguel, que vienen de visitar la escuela de marina. El más alto es Alejandro.

En efecto, el gallardo descendiente de los Romanoffs atravesaba el dilatado puente, como cualquier hijo de vecino, siendo saludado á su paso por algún cochero ó soldado que le reconocía por las facciones más que por el traje ó las insignias, pues consistía aquél en un sobretodo gris que le cubría desde la barba hasta los tobillos, y un casco, al parecer, como cualquiera otro de los infinitos que coronan el atavío militar en Rusia.

Esta llaneza me predispuso en su favor, pues á decir verdad, creía yo que el autócrata de todas las Rusias, no podía moverse en público sin estrépito y ceremonias como verdadero Júpiter de un nuevo Olimpo terrestre. Ciertamente entonces no había nihilistas, y si algunos existían se hallaban muy lejos del imperio y aún más distantes de inspirar temor alguno. Comparativamente, la Rusia era entonces una nación que avanzaba. Alejandro se había dado á conocer por su protección á las letras, expediciones y exploraciones, aun antes de ceñir la imperial corona. Su advenimiento al trono trajo consigo la paz en Oriente y las esperanzas de grandes reformas sociales y políticas, entre las cuales no eran un grano de anís la emancipación de los siervos, y un poco de justicia para la Polonia. Como quiera que sea, daba señales de príncipe ilustrado, y hasta personalmente era un tipo noble y varonil cual convenía al representante de un vasto imperio militar, ó sea un emperador de la punta del pie á la de los cabellos.

Esta impresión fué la más notable de aquel día, que terminó para mí con una confidencia tranquilizadora. El mayordomo vino á darme la buena nueva de que había estado en la aduana con motivo de otros encargos, donde había encontrado un oficial antiguo amigo suyo, por medio del cual supo que no había bulto alguno recién llegado de París y dirigido á la embajada española.

Esta noticia y la falta del talón me hicieron ensanchar el ánimo encogido, y en lo tocante á la persecución ó seguimiento del individuo de la policía, me dí á creer que sin duda era ilusión óptica formada por el temor de un gran peligro. Con esta composición de lugar, resolví distraerme y refocilarme aquella noche asistiendo al teatro imperial de la Opera, en cuya compañía figuraban nada menos que el célebre Tamberlick, entonces en lo más florido, y el inolvidable Ronconi, en lo más granado de sus



facultades vocales, amén de los famosos Marini y De Bassini y la incomparable Madame Bosisio, víctima poco después del ingrato clima de la Rusia. Representábase la obra maestra de Rossini que lleva el nombre de *Guillermo Tell*, y sobre la cual había yo tenido la alta honra de conversar no hacía muchos días con el ilustre autor, mientras daba sus paseos vespertinos en Baden-Baden, frente al famoso casino de Benazet, y oyendo de sus labios la anécdota que corre entre los *dilettanti* acerca de su inimitable sinfonía.

— ¡Ah! ¿qué puede oírse después de este *capo di ópera* de la ópera de *Guillermo*? — decía un fanático admirador del cisne de Pésaro.

— La introducción, — contestó sencillamente el maestro.

Pues bien, yo me prometía oír hasta templar los instrumentos, por no perder las primeras notas del violoncello, risueña y rosada aurora descrita por el sonido; pero al salir de casa topé de nuevo con el polizonte, y al apearme del trineo en la puerta del teatro, volví á verle fijo, impertérrito, como si hubiese de pedirme la entrada.

Tomo otra vez asiento en el trineo y grito al cochero:

— ¡*Franzuzski teatro!*

Tiempo perdido. Al llegar al vestíbulo del teatro francés, mi hombre clavado allí.

(Continuará.)

#### LA CUEVA DE HÉRCULES

(Conclusión)

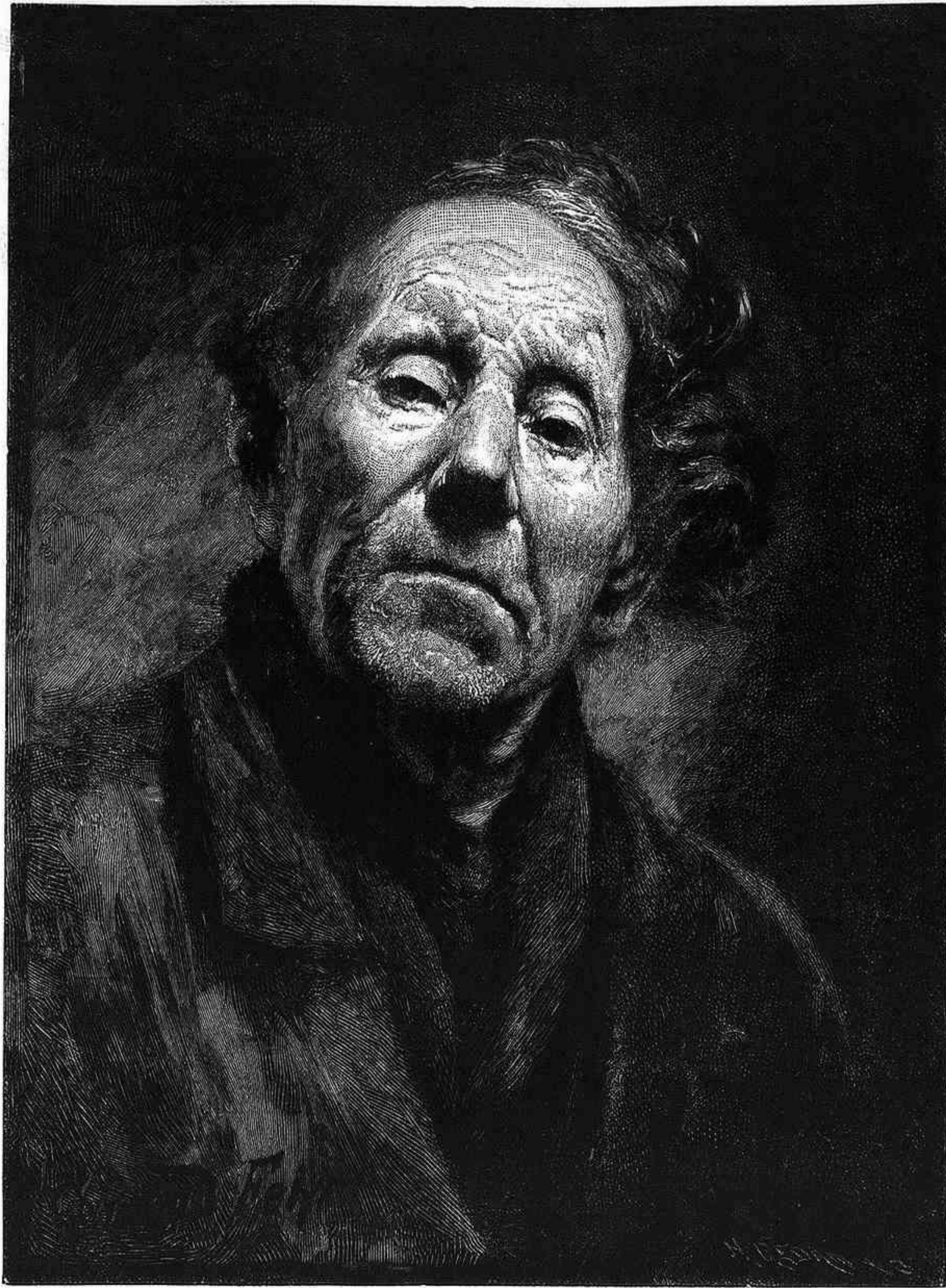
Entretanto, un bulto informe moviase como aletargado, rastreramente, por el fangoso suelo con lenta pesadez; encontró á su paso un cuerpo, y empezó á trepar por él, enroscándose y oprimiéndole: paróse de pronto, movió lentamente con indecisión la cabeza, echóla luego atrás, sacó su lengua larga y viscosa como una saeta envenenada, é hirió varias veces con ensañamiento y asombrosa rapidez.

Oyóse inmediatamente un grito agudo, penetrante, desesperado como los que lanzan los ahogados en los supremos momentos. Después... un silencio lóbrego y horrible.

La serpiente había acabado violentamente con los últimos restos de la desventurada señora de Silva.

\*\*\*

En 1546, es decir, setenta y nueve años después de los



CABEZA DE ESTUDIO, de Conrado Fehr

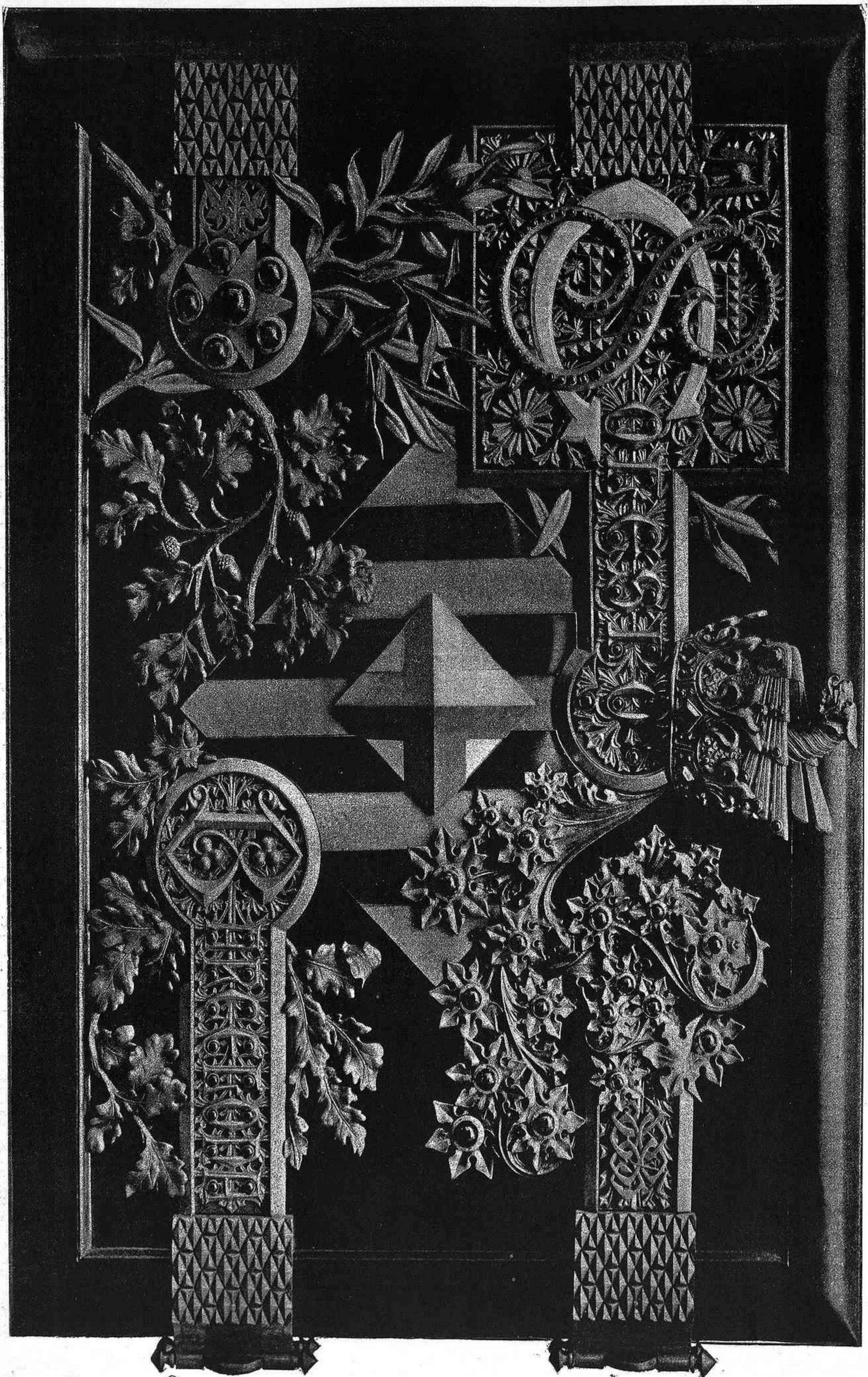
sucesos que acabamos de narrar, y á las dos de la tarde de un hermoso día de Mayo, tenía lugar en Toledo, con toda solemnidad, un acto que dejó profundos y tristes recuerdos en sus moradores, debido, no á la curiosidad, como dicen algunos historiadores, sino al deseo de acabar de una vez con las fábulas y supercherías que se contaban de la misteriosa «Cueva de Hércules.» que tenían amedrentado al fanático y timorato pueblo toledano. Con este principal objeto, pues, en el citado día, el sabio y respetable arzobispo y cardenal don Juan Martínez Siliceo, rodeado de gran número de seglares, nobles y plebeyos, con todo aquel imponente aparato que el asunto requería, diri-

gióse el sitio donde se hallaba tan famosa cueva, y una vez ante ella, hízose corro, improvisándose un pequeño altar con su crucifijo y sus correspondientes cirios encendidos, con más gran número de hachones que ostentaban los concurrentes para dar al acto más lucimiento. El arzobispo, vestido de pontifical, se acercó lentamente y con solemnidad á la entrada de la cueva, rociándola con agua bendita con un gran hisopo que á la sazón tenía preparado. El pueblo en masa cayó de rodillas. Inmediatamente varias piquetas, sostenidas por forzudos brazos, empezaron á derribar la mole que obstruía la entrada de la cueva. A cada golpe la ansiedad era grande y el miedo iba pintándose en los rostros de todos. Sólo el arzobispo, de pie, sosteniendo en una mano el báculo y en la otra el hisopo, mostrábase sereno y tranquilo. Una vez limpia de escombros la entrada, el obispo ordenó á media docena de hombres, que no más se hallaron en toda la ciudad para el tal acto, que entraran en la cueva como exploradores, con sus hachones, linternas, cuerdas y demás mantenimientos. Arrodillados éstos ante el altar, hicieron, de palabra, sus respectivos testamentos en medio de la consternación del auditorio y de los llantos y vociferaciones de sus parientes y allegados, que, á trueque de todo sentimiento, no quisieron dejar de asistir á tan memorable acto. Recibieron la bendición del cardenal, y poseídos de mortal angustia, que llevaban retratada en el rostro, se precipitaron dentro de la cueva en pelotón, porque sabido es que el número acrecienta el valor. Al poco rato, y en medio de la curiosidad y asombro general, salieron al punto los tales exploradores, desencajados los rostros, erizados los cabellos y con un castañeteo de dientes que probaba claramente el pánico de que se hallaban poseídos. Dos de los seis cayeron en el suelo como heridos por el rayo, siendo inútiles todos cuantos auxilios se les prestaron. El pueblo quedó consternado ante aquellos dos cadáveres. Se hacían las más estrambóticas conjeturas. Había individuo que juraba reconocer las garras del diablo en el cuello y pecho de uno de los muertos. Imposible sería describir el miedo que se apoderó de los circunstantes. En medio de la confusión producida por el pánico, el obispo se acercó á uno de los cuatro exploradores, que yacían postrados; asíóle cariñosamente una de las manos, y le interrogó, tomándole juramento de decir verdad de todo cuanto hubiere visto y



HISTORIA CURIOSA, cuadro de Manuel Muñoz





Cubierta del álbum dedicado por la provincia de Barcelona á su ex-Gobernador el Excmo. Sr. D. Antonio González Solís, en demostración de afectuoso recuerdo





INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN MARCOS EN VENEZIA (copia de una fotografía de los hermanos Alinari)



oído. Aseguró éste, con desfallecida voz, que habrían andado como unos doscientos pies, cuando sobrevino una densa claridad, pálida y azulada, que salía de un gran agujero abierto en el suelo; que á sus costados se levantaban dos columnas gigantescas en las que estaban ligados



PESCADOR Y CAZADOR DE STAGNO

dos demonios huesudos y horribles, uno de ellos con largos pelos en la cabeza y el otro de feroz mirada, amenazando con su brazo y mano. Luego unos silbidos espantosos; luces diminutas que corrían de un lado á otro persiguiéndoles; y un inmenso trapo que les envolvió apagándoles las luces y privándoles la respiración.

En vista de tan funesto y contrario resultado, el arzobispo mandó cerrar y lodar de nuevo la entrada de la cueva, con gran contentamiento del vulgo, que aseguró que los demonios, que en ella tenían su guarida, acabarían por morir asfixiados.

Para terminar, réstanos decir: que lo que vieron los exploradores, aumentado por la doble vista que siempre produce el miedo, fueron simplemente los dos esqueletos de los infelices amantes encerrados allí por el señor de Silva. El demonio cabelludo, no era otro que el esqueleto de la desventurada mujer, que aun conservaría la cabellera. El inmenso trapo que les envolvió quitándoles la respiración, no otra cosa era que la falta de oxígeno que paralizaba la función de los pulmones: y finalmente las lucecitas que los perseguían los gases y miasmas que corrían en dirección del aire que los impulsaba.

Acaso se me objetará, y con razón, acerca del malvado señor Jimeno Esquivel de Silva. ¿Qué fué de él?

Vivió feliz largos años, porque la Providencia para realzar el grande y sublime equilibrio de la moral, no necesita llevar á cabo visibles venganzas.

¿Creéis que engordó?



«DOLCE FAR NIENTE»

Pues sí, creedlo. He aquí por qué se dice que muchas veces la vida es inmoral. El remordimiento hincaba su diente en la conciencia y la linfa ensanchaba los tejidos abdominales.

J. ORTEGA MUNILLA

## EL SACAMUELAS

(Conclusión)

IV

El gabinete odontológico, que cabe en un coche de alquiler, puede caber también en unas alforjas, reducido á su mínima expresión, cada y cuando el sacamuelas va á visitar su distrito.

El profesor, en esta otra exhibición de facultades, no ha descendido en manera alguna; está á la misma altura física, moral é intelectual; pero su cátedra es ahora más modesta: es una silla... de montar.

Es el mismo profesor, licenciado por Oxford, revalidado en Pekín, médico-cirujano de *dentificación* de SS. MM. y AA.; sólo que ahora va á cuatro pies... va á caballo.

Dejémoslo ir, que ya parecerá.

Cuando parezca, no hay que preguntar quién es; él mismo se anticipará con garbo de *sans façon*, que quiere decir sin vergüenza ni cortedad ninguna, y os entregará sus credenciales.

Las credenciales de un charlatán son prospectos, aunque con cierto aire ó corte de edictos ó proclamas.

Hé aquí una que nos viene de molde y hemos de insertar textualmente para que no se crea que recargamos el carácter, mal aconsejados por la envidia:

«Don Julián Martínez Rubio, cirujano dentífico de SS. MM. y AA., premiado en París y Lóndres y otras exposiciones:

»Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público de esta culta y morigerada población sus filantrópicos servicios de *dentificación* garantizados con el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.

»Extrae muelas, dientes y raigones subrepticios sin experimentar ningún dolor; corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentífugas, limando salientes y arrancando sobrepuestos, sin dolor; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos, á plata, á oro, á zinc, y por otro de su propia invención, que es el mejor de todos ellos, por cuanto es una pasta mixta de ambos á tres elementos físicos sin cosa de mercurio ni otra sustancia inmoral ni corrosiva. Cura radicalmente la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos denticales; añade también sueltos á las piezas montadas sobre planchas ó bases de cuchú; y todo esto sin ningún dolor, como tiene acreditado y acredita diariamente en sus operaciones públicas y privadas, nacionales y extranjeras.

»Inventor también de un elixir vegetativo-animal de virtud maravillosa en la Academia de Medicina de París, cura instantáneamente el mal olor de la boca, y fortalece la dentición mas endeble dejándola para siempre limpia y completamente masticable.

»Ofrece á más, aunque ajena á su profesión, una sustancia extraída de plantas exóticas y elaborada en pastillas de á real para sacar de raíz toda clase de manchas de aceite, de sebo, de grasa, de mugre, de fruta, de tinta, de vino y demás licores maculares.

»El especialista sólo permanecerá en esta culta y morigerada población tres días; lo que tiene el honor de advertir al ilustrado público, para que aproveche la favorable ocasión de servirse de sus servicios.

»Firmado. — JULIÁN MARTÍNEZ RUBIO.»

Ante esta pieza, tan preciosa como auténtica, y tan auténtica como hecha de mano maestra, mano del mismo interesado, no es ya lícito darnos por sospechosos atribuyéndonos el empeño de exagerar el tipo ó cualquiera otra mira adversa á tan honorable clase, ni por envidia ni por ningún otro sentimiento de hostilidad.

No pudiéramos haber dicho menos, aun animados del mejor deseo, ateniéndonos estrictamente, como narradores de costumbres, á las inviolables reglas del arte, arte de hacer comedias y comedia de figurón, cuyo héroe es siempre el mismo figurón.

Tampoco pudiera resentirse justamente el sacamuelas cuando en tan grata ó ingrata pintura nos ayuda al fin el mismo sacamuelas.

Y en su insigne trabajo, que habla sólo por su gran colorido, expresión y movimiento, daríamos por terminado el nuestro, si á pesar de nuestra modestia y dudando siempre de nuestras propias fuerzas, no tuviéramos la pretensión de hacer un verdadero cuadro; y para este empeño faltan aún algunos toques.

Hemos visto al sacamuelas ejercer en coche allá en las plazas públicas de la capital, y hay que verlo también ejercer á caballo en los pueblos subalternos, aunque no hemos de tomarnos el fatigoso trabajo de seguirlo á todos ellos, pues para muestra basta un pueblo ó sea un botón, como reza el refrán.

Ejerciendo á caballo el sacamuelas, no se da ya punto de reposo ni en manos ni en lengua, pues siempre hay que coger de una á otra cosecha, y en punto á muelas, se guardan en el lugar para él solo todas las que han madurado desde la visita anterior.

Que para coger la fruta se empine un hombre todo lo que pueda, cuando es el árbol alto, no tiene nada de extraño, es al contrario muy racional; lo extraño, lo absurdo es que, siendo bajo el árbol, tan bajo como un hombre ó una mujer, se suba el sacamuelas á un camello para coger su fruta.

¿Es que no puede ó que no debe descender al nivel de los demás?

—Baje usted de ese animal, — decía una tarde al mismo Martínez Rubio una tímida paciente; — baje usted y me la sacará mejor.

—¡Bueno fuera! — contestó casi dignamente el charlatán. — ¡Bueno fuera que bajara yo á operar!

No es, pues, que no puede, sino que no debe descender.

Y acaso acaso sea también que no le sea del todo posible, embarazado como va entre todos los trastos de su gabinete; pues si bien no hemos tenido ocasión de ver dónde duerme el sacamuelas ambulante, sí hemos visto dónde come: come allí mismo donde almuerza... á caballo siempre.

Desde esta altura, que sigue siendo su cátedra, no menos digna que la otra, exhibe al público, siempre ilustrado, sus títulos, certificados y diplomas con la chusca precaución ya conocida; tiene el honor de ofrecer sus excelentes servicios garantizados por años como los relojes, más pecadores que justos; corrige y perfecciona, empasta y obtura á plata, á oro y hasta á calderilla; cura *instantáneamente* el mal olor de la boca, la excoriación escorbútica, las úlceras fungosas, las oftalmías mandibulares y demás desperfectos *dentíficos*.

No hace nada de esto ni mucho menos; pero dice que lo hace, lo dice sin puntos ni comas, desbocado como un caballo, que no sea el suyo, el cual, expuesto desde por la



VENDEDORA DE JUNCOS

mañana hasta la noche á la lluvia, lluvia de palabras, y á todas las inclemencias de la charlatanería, no mueve en su asombro pie ni mano, como si fuera un manso y pacientísimo camello.

Pero si no hace nada de eso el charlatán, no deja de sacar muelas, mandíbulas y cuartos; y todo esto sin dolor.

¡Sin dolor! Esto nos trae á la memoria un paso de tragicomedia en cuya heroica acción fué protagonista el mismo sacamuelas, representante histórico y auténtico del tipo, y cuya catástrofe vamos á referir en cuatro rasgos para dar digno remate á este trabajo.

Tráenos también á la mano ese oportuno epigrama:

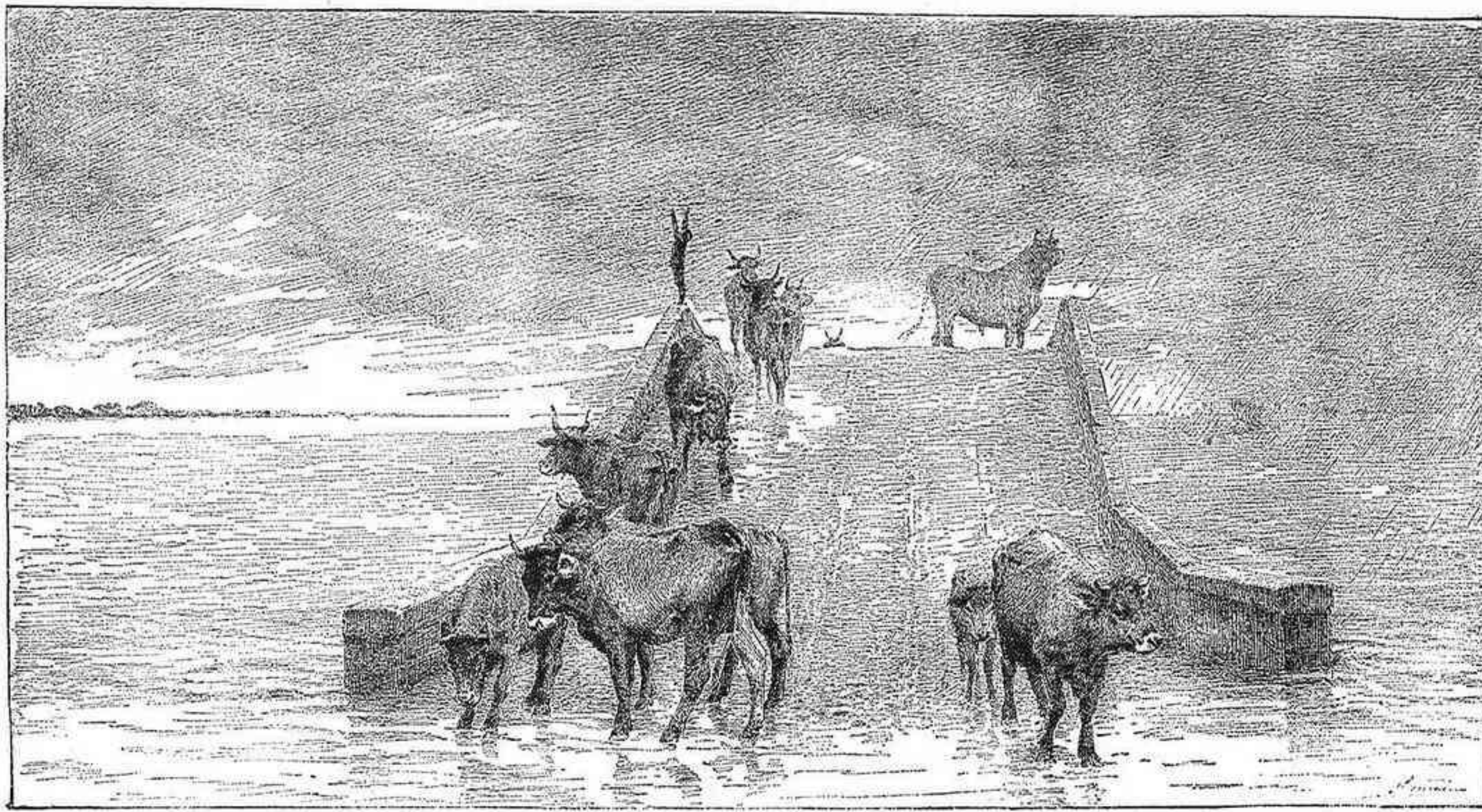
—No hay dolor como el de muelas,  
Cuando aprieta de verdad.  
—Hay quien sin dolor las saca.  
—Ese aprieta mucho más.

V

Había ido por casualidad ó de intento á un pueblo de Andalucía un ingeniero hidráulico, que no era en verdad hidráulico ni ingeniero, sino un charlatán, especie de sacamuelas del ingenio, por cuanto iba sacando muy ingeniosamente del pueblo todo lo que se había propuesto.

El pueblo, aunque no á mucha distancia del río, carecía de aguas potables, y las había traído en abundancia hasta la misma plaza de la Constitución, dirigiendo bien ó mal el acueducto y cobrando cuatro ó seis meses de honora-





LA INUNDACIÓN

Hay dentistas alemanes doctorados en medicina y cirugía; no sino un dentista americano fué el que hizo en las muelas el primer ensayo anestésico para operar sin dolor, y hay bastantes dentistas españoles que, sin ser inventores, realizan diariamente ese verdadero milagro, suspendiendo, mientras operan, la sensibilidad del paciente, no con el empirismo y garrulería del charlatán, sino con la ciencia y conciencia del modesto y reservado profesor.

Hecha esta necesaria salvedad, para la cual pedimos la palabra, después de agotado el asunto, no tenemos más que decir, á no ser también sacamuelas.

C. NAVARRO

CASAS Y HABITANTES DE STAGNO

dibujos tomados del natural por E. Cecconi

No era Stagno una ciudad, ni un pueblo, ni tampoco un caserío; cuando más, se le hubiera podido llamar un distrito, ateniéndose estrictamente á las reglas observadas por los que forman los censos de población. Diez ó doce casas y cabañas diseminadas al acaso, según las necesidades de la localidad, ocupaban los espacios de terreno menos accesibles á las inundaciones, y aun en ellos había numerosos diques y canales que conducían las aguas al río Calambrone, que en su lento curso dejaba pocos sitios útiles para establecer viviendas humanas.

La casa más grande era una antigua mansión señorial, hoy ruinosa, á la que los restauradores habían procurado varias veces devolver su primitivo aspecto, sin conseguir otra cosa más que mutilar el estilo, disminuyendo la solidez del conjunto. En el vetusto edificio se albergaron varias familias pobres, unidas por lazos de parentesco; otras construyeron cabañas al rededor de un molino, en la encrucijada que hay entre los caminos de Florencia y de Pisa; y las últimas que llegaron instaláronse á orillas del agua, sin temor á la inundación ni á las perniciosas emanaciones de los canales. En Stagno no había ningún centro común ni punto de reunión para los habitantes; faltaba también la iglesia y el café, tan conveniente para distraerse un rato los domingos y días de fiesta, y naturalmente, tampoco había escuela, ni botica, ni médico ni sacerdote; bien es verdad que tampoco se hubiera sabido qué hacer con estas superfluidades de la civilización. Los habitantes podían pescar anguilas sin que se les enseñase á leer y escribir; todos sabían cómo curarse de un dolor de cabeza; y en caso de grave peligro, bastaba enviar un expreso al hospital de Leghorn, donde había médicos y sacerdotes suficientes para morir en debida forma con la conciencia tranquila.

Y de este modo, sin necesitar nada de la civilización, sin pedirle tampoco cosa alguna, los naturales de Stagno parecían satisfechos con la singular existencia que la naturaleza del suelo les impusiera desde un principio y que la costumbre y el aislamiento habían arraigado. Para aquella gente era desconocido el método en la vida; trabajaban cuando encontraban qué hacer, pero sólo para satisfacer sus necesidades, no por virtud, ni por gusto, y desagradábales sobre todo la regularidad en cualquiera ocupación.

Los de Stagno eran habitantes del bosque ó del pantano, según donde habían nacido; pero á causa del ca-



PESCADORA DE STAGNO

rios, como tal facultativo, á razón de tres duros diarios. Había dirigido después la visual á una moza del pueblo, propietaria de muy buenos fundos y no malas partes por su honestidad y belleza, y estaba á la sazón en visperas de bodas.

A ver si este ingeniero hidráulico no era en cierto modo un sacamuelas. Y él, en verdad, las sacaba sin dolor.

Al dolor vamos. Todo estaba preparado para tan feliz conyugio, que venía á ser un golpe de estado en el pueblo.

Pero como el diablo no duerme y es enemigo siempre de la dicha ajena, ya que no pudo descomponerla, hubo de poner para retrasarla y ganar tiempo, toda su infernal rabia en una muela del novio.

En efecto, la muela del juicio se le había vuelto loca de puro rabiar.

Pero si el diablo da la llaga, Dios da la medicina. Aquí de nuestro héroe, caído como del cielo.

«Don Julián Martínez Rubio, (decía el charlatán en la plaza recitando de memoria su técnico prospecto) médico-cirujano de dentificación de SS. MM. y AA., premiado en París y Londres y otras exposiciones...»

«Pare usted esa jaca, compadre, - le gritó el alcalde á cierta distancia, bien que la jaca estuviera parada.

El orador no hizo caso de esta incongruencia y continuó en el uso de la palabra.

«Tiene el honor de ofrecer al ilustrado público sus filarmónicos servicios, garantizados por el estudio y la experiencia de una larga carrera dentro y fuera de España.»

«Pare usted esa jaca, - repitió el alcalde.

«Extrae muelas, - prosiguió el otro, gárrulo y palabrero, - extrae muelas, dientes, raigones subrepticios, corrige y perfecciona con toda perfección las desigualdades dentificas, limando salientes y arrancando sobrepuestos; empasta y obtura por todos los sistemas conocidos y por conocer á plata, á oro, á zinc...»

«¡Que pare usted esa jaca! - volvió á repetir el alcalde, enseñando el bastón de autoridad.

«Yo ejerzo mi facultad con título profesional y por la gracia de Dios y la Constitución de SS. MM. y AA., y en su virtud continuo sacando...»

«No se saca ya ni un pelo, cuanto menos un quijal, á nadie de este mundo, tan y mientras no venga usted á sacarle el mismo juicio á mi más estimado amigo.

«Pues no es eso sino continuar ejerciendo; estoy á las órdenes de usted, señor alcalde.

«Vamos allá.

«Quisiera saber previamente, - dijo luego el charlatán, - qué casta de pájaro es el paciente; porque según sea su casta, así será mi procedimiento científico y así también serán mis honorarios. A cada categoría de pacientes aplicamos su instrumento respectivo: al pobre de solemnidad, que es parroquiano gratis, las tenazas; al que puede dar más que las gracias, los alicates; al que dar puede una pseta, el gatillo, y al que tiene para dar un duro, la llave inglesa. Ahora bien, vuelvo á preguntar: ¿Qué casta de pájaro es ese amigo?»

«Es un pájaro de cuenta, - contestó enfáticamente el alcalde.

«Llave inglesa, pues.

«Y si tiene usted otra superior, aunque valga un duro más...»

«Superioridad no hay ya ninguna, á no ser las de San Pedro; pero por el duro más, le aplicaré toda la superioridad de mi ciencia.

«A la mano de Dios.

Y llegamos á la casa de la novia, en cuya sala estaba el paciente, hundido en una poltrona con todo el abandono de quien tiene la salud atravesada por el agudo puñal de un dolor de muelas.

Con esto, ni él se fijó en el charlatán, ni el charlatán pudo fijarse en él, que tenía la dolorida cara entre las manos...

El cirujano de SS. MM. y AA. se inclinó profundamente

al entrar, haciendo por la primera vez de su vida un saludo sin palabras, saludo inverosímil que falseaba el carácter, pero, con todo eso, no dejaba de estar en situación.

Después, armado de todas armas, digámoslo así, pues empuñaba la llave inglesa, llave que, como dijo el profesor, no reconoce superioridad sino en las de San Pedro, y seguido en primer término por la novia y la suegra, en segundo por el alcalde y en último por unos cuantos amigos de la casa, se acercó al paciente y tocándole en el hombro, le dijo cortésmente:

«Estoy á las órdenes de usted.

El paciente se incorporó al aviso, descubriéndose á la vez la cara.

«¡Ah! - exclamaron sorda y simultáneamente ambos á dos charlatanes.

Se habían reconocido. Los circustantes tomamos la exclamación por un quejido, refiriéndola al doliente; refiriéndola al sacamuelas, nos pareció hasta absurda, como quiera que él ejercía siempre sin dolor.

Con todo eso, no hicimos alto en tan ligero incidente, tanto más cuanto los dos charlatanes tomaron el prudente partido de disimular, aprestándose el uno á operar y el otro á someterse al sacrificio.

«No le haga usted mucho daño, - encargó la flévil novia.

«Ni mucho ni poco, - añadió el alcalde, como reconvinendo; - está ajustado en un duro más que no ha de hacerle ninguno.

«Ninguno, - contestó el sacamuelas con tan imperceptible sonrisa, que no alteró su heroica seriedad.

Y el maldito, á pesar del encargo de la novia y del recuerdo del alcalde, dió unos pasos retrógrados, dejó la llave inglesa en su estuche, tomó no ya el gatillo, ni los perros alicates siquiera, sino la última categoría de sus instrumentos, las tenazas, y volvió cerca del paciente.

«¿Cuál es la muela dañada? - le preguntó con voz afectuosa, digámoslo así.

El doliente le indicó una de las del juicio.

El sacamuelas aplicó sus tenazas á otra que no tenía cosa de eso, esto es, cosa de daño, á la que no le dolía ni le había dolido nunca, á la más sana de todas, y muy luego vino afuera, aunque no á dos ni tres tirones.

Aunque el dolor fué supremo, hubo de sufrirlo el doliente sin proferir una queja, con un disimulo heroico; lo cual dió propicia ocasión al sacamuelas para confirmar con una prueba más su prodigiosa habilidad en presencia de irrecusables testigos.

«¡Sin dolor! - dijo el ladino, mostrando la muela sana en sus pésimas tenazas. - ¡Sin dolor!

«¡Del sacamuelas! - gritó ahora el doliente entre sollozos echando á rodar su disimulo.

Ante este descrédito, acabó de vengarse el sacamuelas revelando...

Pero esto no cabe en un cuadro ya acabado.

¿Qué nos importa que el seudo-ingeniero tuviera ó no obligaciones de conciencia con una hermana del sacamuelas?

VI

Cuatro palabras más. Los que seriamente se consagran al estudio de la odontología no deben darse aquí por aludidos; esos, como todos los hombres de ciencia, no son charlatanes, sino pensadores, ni por más que saquen, son tampoco sacamuelas, son dentistas.

rácter esencial de los recursos que podían hallarse en tales localidades, no era posible que las mismas ocupaciones facilitasen la subsistencia todo el año, ni menos en todo tiempo, y de consiguiente hacíase preciso cambiarlas muy á menudo, tanto más cuanto que no se podía contar con



ninguna cosa segura para el porvenir, conviniendo también por lo mismo reservarse medios para hacer frente á las eventualidades, que en la vida son tan frecuentes, en el caso de que las circunstancias dieran al traste con los planes mejor combinados.

Ya hemos dado á conocer superficialmente las figuras, y ahora bosquejaremos el país, que debe formar el fondo de nuestro cuadro.

Distante sólo nueve millas de Pisa, tres de Leghorn y otras tantas del mar, con el que no estaba en comunicación por ningún camino, el grupo de casas que tomó el nombre de Stagno, sin duda por hallarse en la inmediación de un estanque, hallábase en una verde llanura cortada por canales que se extienden desde la Maremma pisana, contigua á los bosques (*rombolo*), es decir desde el estuario del Calambrone hasta las desembocaduras del Arno. Anchos pantanos, cuya superficie líquida cubrían en parte altas yerbas, y estrechas corrientes de agua, que con suave murmullo iban á morir en el mar, cortaban el terreno, donde una exuberante vegetación se desarrollaba vigorosamente; de tal modo que los bejuco, la madre-selva, los helechos y las plantas trepadoras formaban inextricables espesuras. En el espacio de treinta y seis millas de esta singular región sólo había diez viviendas ocupadas, y en el fondo del bosque veíase la mísera casilla destinada en otro tiempo para los guardabosques de Su Eminencia el arzobispo, donde éstos acostumbraban á pasar el tiempo jugándose el jornal que pretendían haber ganado. En la orilla del mar una especie de torreón llamado Mezza Piazziva, servía de cuartel general á los empleados de la Aduana, que también mataban allí sus ratos de ocio tirando de la oreja á Jorge; mientras que los contrabandistas introducían continuamente, con toda tranquilidad, sus cargamentos de tabaco, sal, vino y licores.

Fuera de los empleados oficiales del arzobispo y del gobierno á que nos referimos, raro era encontrar en la región un ser humano, y por lo mismo abundaban los animales salvajes, particularmente osos y jabalíes. En cuanto á los pantanos pertenecían á las reservas del Gran Duque de Coltano; pero á causa de la indiferencia con que en Toscana se miran los derechos de propiedad, los merodeadores los invadían sin escrúpulo cuando las aguas estaban bajas, y con toda libertad cuando subían. Los de Stagno no hubieran podido encontrar en el bosque ni en los pantanos una ocupación continua, pero ni aun para lo poco que había que hacer manifestaban la menor disposición, y en vez de dedicarse á la agricultura, asegurándose con ella hasta cierto punto un modo de vivir, preferían los trabajos casuales. Raro era que en los meses de mayo ó junio los hombres y las mujeres se avinieran á segar el heno, y aun entonces nunca descuidaban los pantanos. Durante el resto del año, dedicábanse principalmente á la caza y á la pesca, ocupándose en ésta más ó menos, según la cantidad de peces que penetraban por los diques. Los cazadores invadían las reservas, lo mismo de noche que de día, cuando llegaba la estación, con la mayor tranquilidad, sin cuidarse en lo más mínimo de los derechos del propietario. Sin embargo, estas ocupaciones no bastaban siempre para la subsistencia y cuando así sucedía hombres y mujeres iban á buscar espárragos silvestres, setas, ranas, culebras, huevos de faisán y sanguijuelas; ó bien acechaban la ocasión más oportuna para emprender una excursión de merodeo por el bosque, donde cogían piñas y cortaban leña en abundancia.

A pesar de estas múltiples ocupaciones, los habitantes de Stagno estaban muy lejos de conocer el bienestar; cierto que rara vez les faltaba el alimento y que, mal ó bien comían, pero bien caro les costaba. Durante las noches de octubre, cuando la familia estaba reunida en su mísera vivienda, nadie podía entregarse al reposo si comenzaba á llover, porque las aguas, penetrando por puertas y ventanas, inundabanlo todo, mientras que el viento destruía en parte el frágil tejado. En la estación calurosa, las mujeres, sufriendo los ardores de un sol canicular, permanecían horas enteras en los pantanos con el agua á media pierna para coger sanguijuelas, operación que les costaba no pocas heridas y padecimientos; y cuando iban á los campos á recoger el heno, érales preciso cargar con los enormes haces para llevarlos á la casa, recorriendo milla sobre milla dobladas bajo su peso. En cuanto á los cazadores, no era mejor su suerte, pues en las heladas noches de diciembre debían ir al bosque y ponerse al acecho á veces para no coger nada, y al rayar la aurora volvían á sus casas yertos de frío. Añádase á esto que en aquella región reinaba la fiebre como soberana, fiebre mortal para aquellos á quienes acometía; y que las inundaciones arrebatában con frecuencia muchas cabezas de ganado á los que no tenían más bienes que sus animales, cuando no ponían en grave peligro la existencia de las personas. Raro era el año en que las aguas no ocasionaban alguna víctima.

A pesar de todas sus penalidades, de sus frecuentes privaciones y de su precaria existencia, los habitantes de Stagno, que tenían sobrados motivos para cambiar de residencia, ni siquiera pensaban remotamente en tal cosa; para ellos no había más mundo que aquella región, y por nada la hubieran dejado. Hábiles cazadores y pescadores endurecidos en el trabajo, pero el trabajo independiente, sin trabas, sin jornales fijos y sin amos; amantes de su libertad y acostumbrados á su aislamiento, juzgábanse felices en medio de todo y con nadie habrían cambiado su suerte. No se hubiera podido dudar, en efecto, que eran dichosos, pues aunque pobres, se complacían á veces en hacer alguna obra de caridad, tan generosamente como si

fueran ricos, y además distinguíanse por su carácter hospitalario y sus generosos sentimientos.

En cuanto á las mujeres, su cooperación en casi todos los trabajos de los hombres, y el beneficio que reportaban con el suyo propio, eran circunstancias más que suficientes para que se las dispensaran más consideraciones que á las campesinas de todos los países en general. Por otra parte, bien parecidas generalmente, y mejor desarrolladas, ofrecían demasiados atractivos para no encontrar pronto un honrado compañero con quien compartir su existencia, y así es que no tardaban en casarse.

Pero ¡ay! ¡Stagno ha dejado de existir! Los terrenos que ocupaba pasaron al dominio de la Corona, y ahora están vigilados por un ejército de guardas; los bosques vírgenes, donde inútilmente se hubiera buscado una salida sin el hilo mágico de Ariadna, están cortados ahora por anchos caminos, y los habitantes de Stagno han desaparecido, porque en aquella región no era ya posible la vida de hace treinta años, habiendo cambiado todas las condiciones.

Como apóstoles del progreso, admitimos que es lógico y necesario que desaparezcan las primitivas formas de la vida; pero como amantes de lo bello y original, no pode-

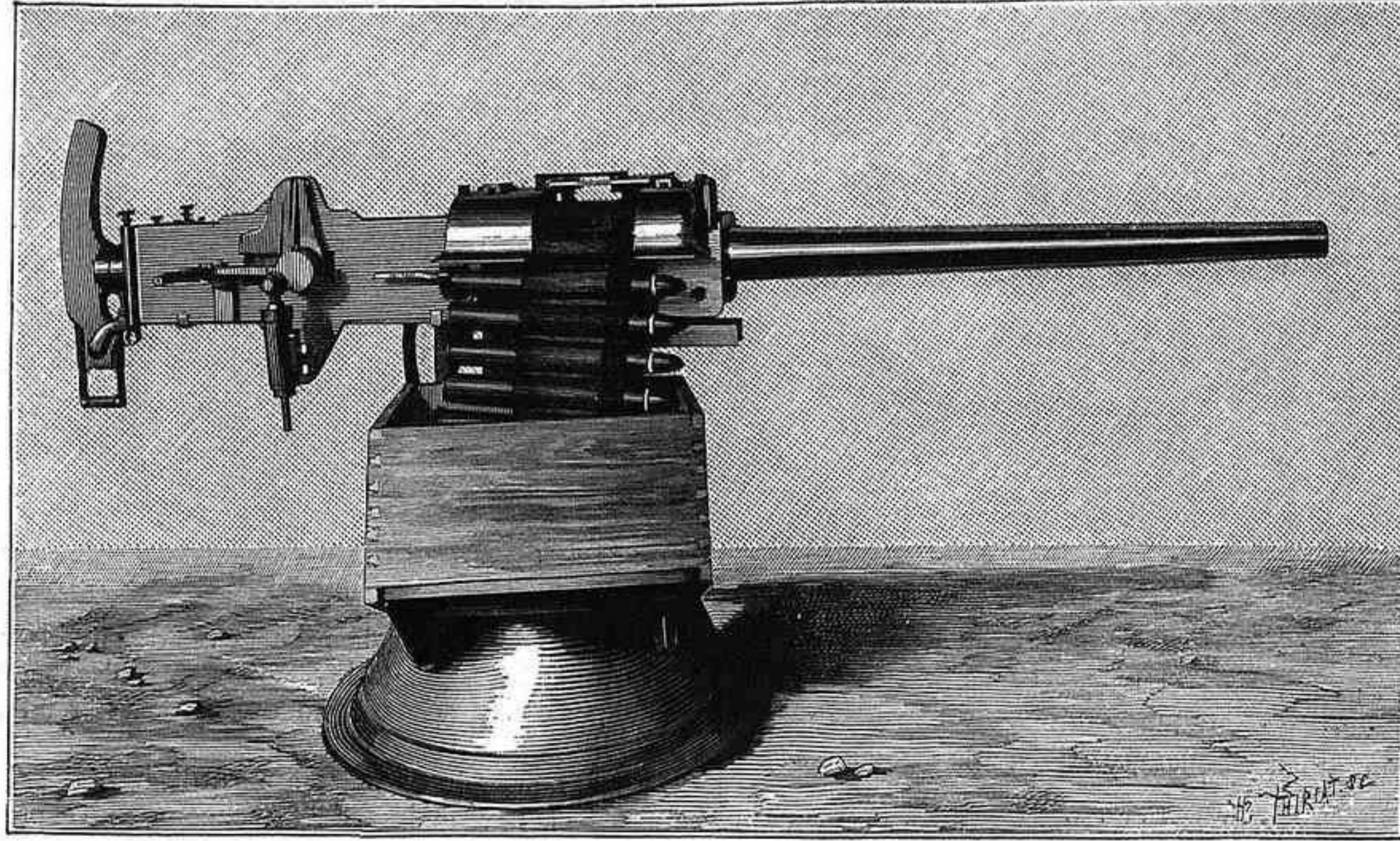


Fig. 1.—Cañón repetidor de M. Maxim (de una fotografía)

mos menos de reconocer que todos los cambios y mejoras son tristes; y al ver que el hombre natural ha de ceder su puesto al simple labrador y al mecánico, lamentamos aún el pasado que no puede volver.

Los grabados del presente artículo representan varios tipos de los habitantes de Stagno; el primero, un cazador y pescador; el segundo, unas campesinas entregadas al dulce far niente; el tercero una segadora; el cuarto, varios animales sorprendidos por la inundación, y el quinto una pescadora de sanguijuelas.

(Tomado del *The Art Journal*.)

## CAÑÓN REPETIDOR

DE M. MAXIM

Hace muchos años que se conoce la *ametralladora fusil automática* (*self acting machine gun*) del ingeniero americano Maxim, así en lo referente á su organización como en su manera de funcionar. Sabido es que este aparato, en el que no se emplea otra fuerza motriz que la de su propio retroceso, requiere cartuchos del fusil francés Grás, modelo de 1874; que con él se disparan *seiscientos* tiros por minuto, ó sean *diez* por segundo, máximo de su velocidad, y que después de los muchos y satisfactorios resultados que han dado los experimentos que se han hecho con la ametralladora-fusil, no es prematuro asegurar que se obtendrán grandes ventajas en las operaciones de la guerra, y que puede emplearse con éxito, ya para mantener la ofensiva, ya para ocupar una posición defensiva con pequeñas fuerzas; ora para lanzar muchos proyectiles á un punto accesible al enemigo, ora para reemplazar los parapetos en los buques de guerra; bien para defender las obras de fortificación, bien para varios otros usos.

Hoy damos á conocer á nuestros lectores otro descubrimiento de M. Maxim, el de un cañón de repetición, de tiro rápido y automático como el de la ametralladora-fusil.

El cañón que representa la fig. 1.<sup>a</sup>, tomada de una fotografía de los talleres del autor, tiene un calibre de 37 milímetros, y su parte más ancha, que es la de la cámara de los proyectiles, se halla unida por dos muelles de acero, que sirven de soporte y de guía á la culata móvil. Esta culata, que contiene todo lo concerniente al aparato de percusión, como es gatillo, muelle, etc., se llama *móvil*, por lo mismo que puede moverse automáticamente por medio de un árbol angular que gira entre sus muelles, al que va unida una empuñadura con cuya ayuda el operador maneja con la mayor facilidad todo el aparato. Los muelles y el cañón están dispuestos de manera que pueden moverse en una funda de cobre de la que forman parte los muñones.

De igual modo que en la ametralladora-fusil, los cartuchos del cañón Maxim, de 37 milímetros, están colocados, uno al lado de otro, en una especie de cinturón. Las piezas y las municiones del aparato están á merced del artillero que apunta, porque el servicio del cañón no exige más que un solo hombre y éste no necesita emplear más que una sola mano.

El tiro puede hacerse de dos distintos modos: ó con la

mano ó automáticamente, y esto último á voluntad. En el primer caso, el apuntador sólo tiene necesidad de mover un muelle que está independiente de la culata; en el segundo, la pieza obedece al movimiento del árbol angular que se mueve á sí mismo en virtud de la fuerza del retroceso. Sin embargo, si se quiere que el aparato funcione automáticamente se necesita cebarle, lo que se consigue disparando el primer tiro con la mano.

Veamos ahora la manera de funcionar el cañón.

El que dispara mueve la empuñadura del árbol angular dirigiendo la culata (fig. 2) é introduciendo de ese modo en el cañón el primer tiro del cinturón. Cargado así el cañón, mueve el gatillo... y se produce el primer disparo. Cuando el primer proyectil se ha disparado, retrocede, ó mejor dicho, gira el cañón y se mueven los muelles que le mantienen sujeto, haciéndolo á la vez el árbol angular, que da dos medias vueltas.

Cuando se efectúa la primera, retrocede la culata móvil, saca fuera el cartucho vacío y toma un cartucho cargado en el *distribuidor*. En la segunda media vuelta, expulsa el cartucho vacío é introduce el cargado en el cañón quedando colocado en el disparador.

Y así sucesivamente se van disparando todos los tiros del cinturón, con una velocidad que puede regularse á voluntad, cuyo máximo alcanza á *doscientos* tiros por minuto, ó sean tres por segundo, con la circunstancia de que el artillero que apunta puede impedir el movimiento cuando lo crea oportuno para el cambio de la dirección del tiro; y una vez que ha efectuado la nueva dirección, puede por medio de su mano hacer que continúe funcionando el cañón.

En resumen: el principio de construcción del cañón repetidor es muy ingenioso y la organización muy sencilla; la pieza es ligera y está bien equilibrada; el manejo es poco complicado, y el disparo rápido.

El cañón de repetición de Maxim, de 37 milímetros, está llamado á prestar ventajosos servicios, especialmente en la marina, pues sabida es la importancia de resolver el problema de la protección de los buques de guerra contra

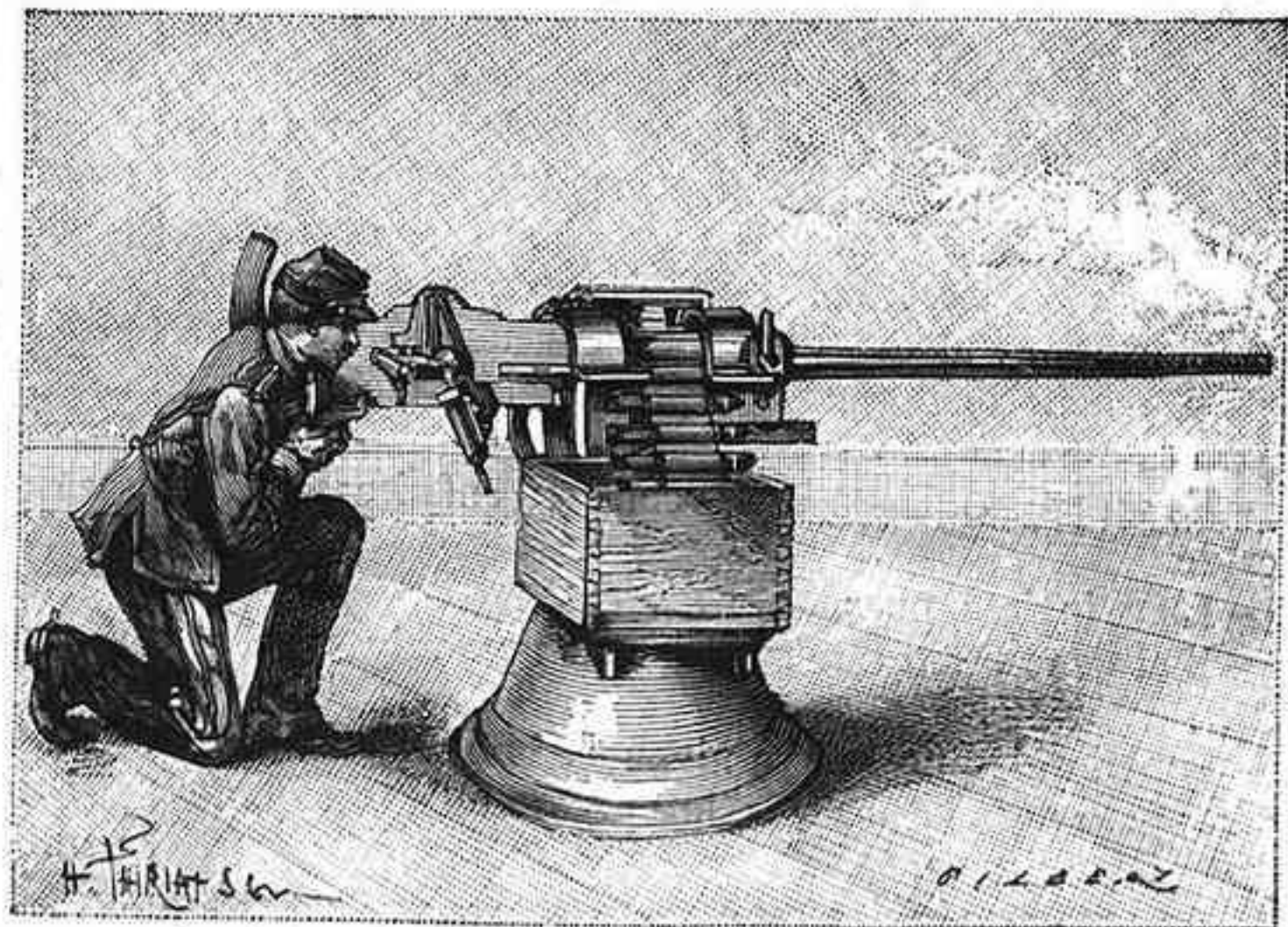


Fig. 2.—Modo de funcionar el cañón para que se efectúen los disparos

los ataques de los torpederos cuya marcha es de 25 millas por hora. El nuevo cañón satisface todas las condiciones de una prudente defensa.

HENNEBERT